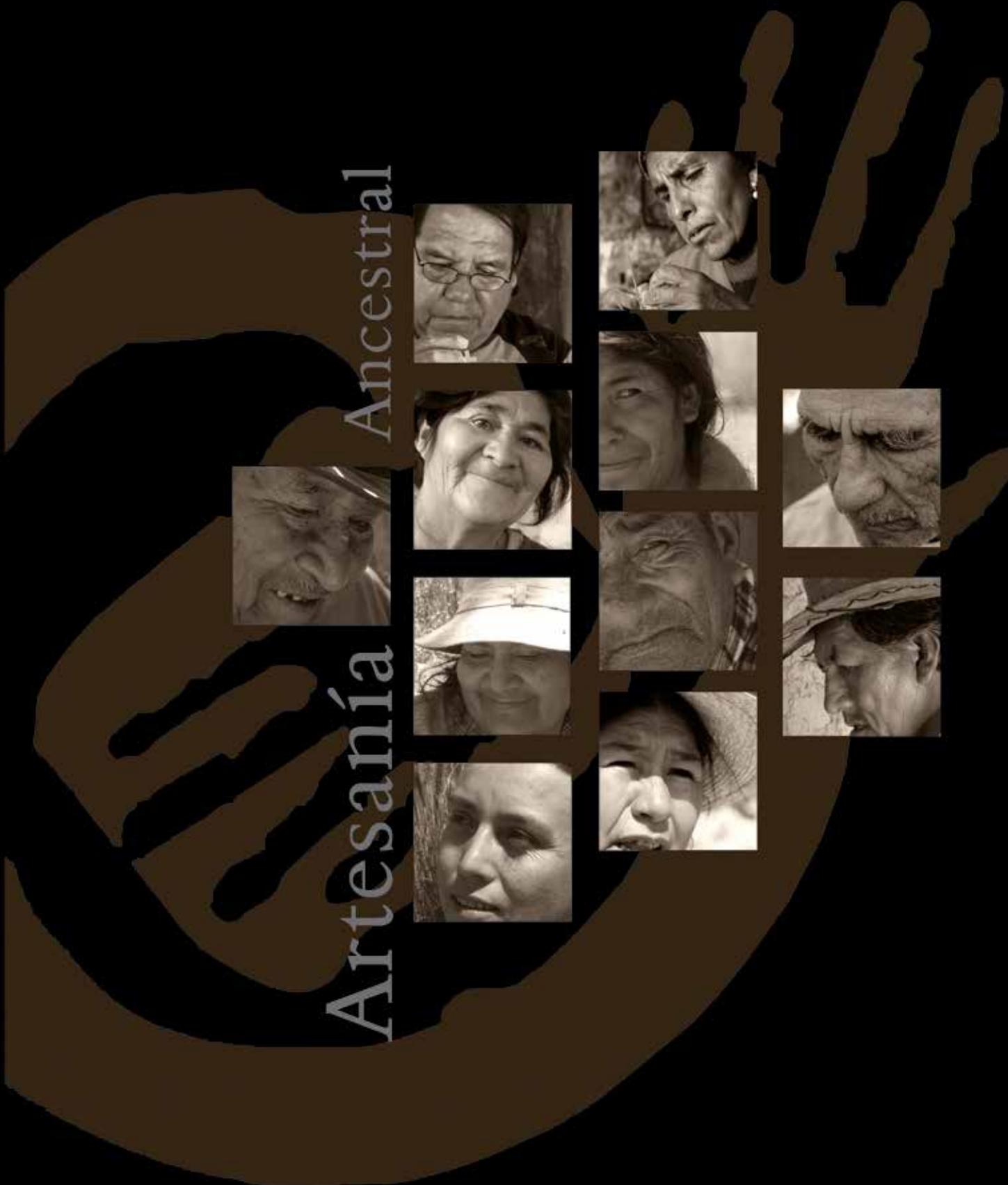
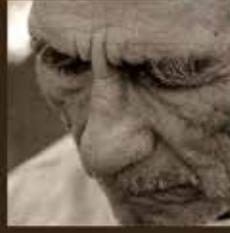


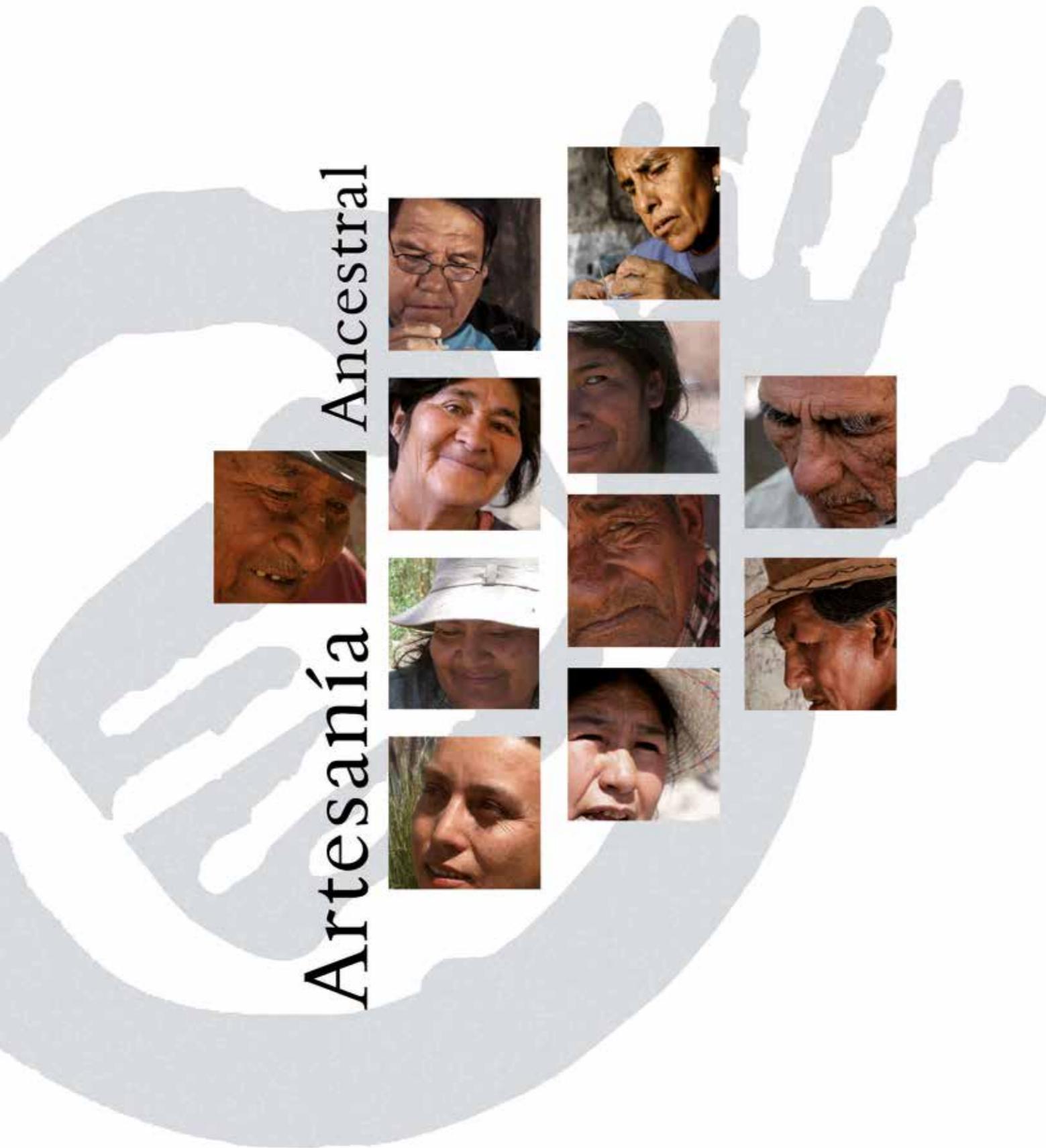
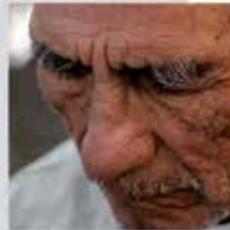
Artesanía Ancestral

Artesanía

Ancestral



Artesanía Ancestral



La edición de este libro fue financiada con recursos del Fondo Nacional de Desarrollo Regional, F.N.D.R., 2% Cultura, año 2011, a través del proyecto "Puesta en valor y conservación de técnicas artesanales ancestrales", recursos aprobados por el Consejo Regional, CORE, Región de Antofagasta, con el patrocinio del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, Región de Antofagasta.

Puesta en valor y conservación de técnicas artesanales ancestrales en vías de desaparecer.

Coordinador de proyecto
Miguel Silva Melo

Editor
Roberto Aguilar Pulido

Textos
Aracelli Marín Aguilar

Fotografía
Marietta Perucci Letelier
Aracelli Marín Aguilar
Roberto Aguilar Pulido
Miguel Silva Melo

Periodista
Sofía Martínez Acosta

Asesor Indígena
Ronny Gutiérrez Morales

Presentación
Branko Marinov Martinic

Diseño y diagramación
Cesar Díaz Vilches

Febrero, 2012

Puesta en valor y conservación de técnicas artesanales ancestrales en vías de desaparecer

Financian



Patrocina



Ejecuta





Agradecimientos



Los autores nos sentimos en el deber de agradecer a todas aquellas personas e instituciones que apoyaron el proyecto, colaborando tanto en el desarrollo de las expediciones como en el logro de esta publicación.

Agradecemos al Consejo Regional CORE Región de Antofagasta, Fondo Nacional de Desarrollo Regional FNDR 2% Cultura 2011, y a los árbitros que formaron el comité de evaluación, quienes con su voto favorable permitieron el financiamiento de nuestro proyecto que pretende ser un aporte a la valoración y difusión del Patrimonio Cultural Inmaterial de la Región de Antofagasta.

Nuestra gratitud a las artesanas y artesanos: Alejandro González, Clemente López, Juan Vargas, Ema Cruz, Cecilio González, Jermán Tejerina, Victoria Véliz, Fermina Paucar, Teresa González, Héctor Román, Grabiela Yere, Rita Plaza y Carolina Ferrel por su disposición, entusiasmo y acogida. A nuestros colaboradores, Carmen Achu, Melba Robles, Osvaldo y Juana Rojas, Herminda Varas, Nancy Ramos, Carlos Vega, Alicia Morales, Patricia Díaz y Branko Marinov, por su permanente apoyo y colaboración.

También quisiéramos agradecer a las siguientes Instituciones: Ilustre Municipalidad de Ollagüe; Ilustre Municipalidad de Taltal; Agrupación de Artesanas Killa Wasi de Ollagüe, Agrupación de Artesanas de Socaire; Agrupación de Artesanos Cazadores de la Niebla de Taltal; Museo Padre le Paige, San Pedro de Atacama, Museo Indígena Atacameño, Lasana; Museo Augusto Capdeville, Taltal; Ecored Lickan Antai de San Pedro de Atacama; RGHprime Consultores Asociados y Akax Producciones Gráficas



Presentación



Este libro; resultado del Proyecto “Puesta en valor y conservación de técnicas artesanales tradicionales en vías de desaparecer” y que ha sido financiado por el CORE Región de Antofagasta, a través del FNDR 2% Cultura 2011; señala certeramente un propósito que requiere ser puesto en primera prioridad al momento de establecer los lineamientos que inspiren la cultura de la Región de Antofagasta.

Gratificante es que ésta obra sea entregada públicamente en la forma de un libro en tan cuidada edición y sensible tratamiento del tema, el cual hoy parece relegado a reportajes anecdóticos de revistas domingueras y de promociones turísticas o en complejos artículos académicos de limitada circulación. Así como inexplicablemente tampoco tuvo cabida en un voluminoso tomo que reseña la Región de Antofagasta en el Bicentenario de la República.

Aparte de los compendios sobre artesanía tradicional de Chile, en que lo regional es sólo una parte, conocemos dos publicaciones anteriores de divulgación y fácil acceso referidas a este tema: “Artesanía Popular Región de Antofagasta”, de Bernardo Tolosa Cataldo (Segunda Edición, 1983) y “Artesanía Tradicional Atacameña de la Segunda Región”, de Patricio Núñez Henríquez (1996).

En este caso, se trata de un libro producido íntegramente por el equipo de trabajo de la Agrupación para la sostenibilidad del patrimonio cultural y natural - CULTAM, donde a través de los atractivos textos de uno de sus miembros, Aracelli Marín Aguilar, nos invitan a acompañarlos en un viaje muy especial de encuentro con pueblos y artesanos/as tradicionales de nuestra región, permitiéndonos compartir las emociones que les provoca descubrir el mundo fascinante de entrañables “Tesoros Humanos Vivos” y su conexión directa con los más genuinos ancestros nortinos. Sus vivencias sobre la naturaleza, sus técnicas y recursos creativos generadores de la producción artesanal que admiramos como factor de identidad y pertenencia.

En el año 2003, la UNESCO adoptó la Convención para la salvaguardia del patrimonio cultural inmaterial, ante la evidencia de que estas manifestaciones han ido desapareciendo, siendo reemplazadas paulatinamente por una cultura globalizada estándar, que atenta contra la diversidad cultural y la creatividad humana. La respuesta debe expresarse en acciones concretas de salvaguardia, rescate y difusión de estos preciados bienes culturales, creando mecanismos para garantizar que los portadores de este valioso patrimonio sigan perfeccionando sus destrezas y saberes y los transmitan a las nuevas generaciones.

Este trabajo es un aporte importante a la necesidad urgente de sumar esfuerzos por la defensa y valoración de nuestra artesanía tradicional, manifestación excepcional del patrimonio cultural regional.

Prof. Branko Marinov Martinic
Diciembre, 2011



Contenidos

	Introducción	13
	Alejandro González Tallado en piedra volcánica, Toconao	17
	Clemente López Molino de piedra, Vilama	25
	Teresa González Cestería en fibra vegetal, Solor	33
	Juan Vargas Réplicas en madera de cactus, Peine	41
	Cecilio González Cestería en fibra vegetal, Solor	49
	Ema Cruz Tejido con espinas de cactus, Socaire	57

Contenidos

	Jermán Tejerina Tambor carnavalero, Sequitor	65
	Fermina Paucar Telar de cuatro estacas, Ollagüe	73
	Victoria Véliz Tejido con plumas, Ollagüe	81
	Grabiela Yere Cerámica con oropel, Lasana	89
	Héctor Román Réplicas de utensilios changos, Taltal	97
	Rita Plaza - Carolina Ferrel Tejido con espinas de cactus, Socaire Cerámica con oropel, Lasana	105
	Glosario	111

Introducción



En la vorágine cotidiana del sobrevivir, de lo urgente y de la falta de meditación en lo significativo; no nos damos cuenta de la importancia de nuestros saberes, de nuestro arte: la artesanía.

Después de redescubrirnos y reconocernos como artesanos y como lo plantea la UNESCO “reconocer claramente el valor de la artesanía como un proceso identitario que saca a la luz tradiciones seculares, técnicas y modos de vida que aportan a enriquecer nuestro patrimonio cultural”; nos damos cuenta, sin embargo, que los factores que contribuyen a su olvido y su supervivencia, entre ellos: la permisividad o falta de control al ingreso desmedido y brutal de artesanía foránea como propia; el precario circuito comercial así, como la falta de espacios de comercialización; los intermediarios y el desplazamiento de los jóvenes hacia centros urbanos engrosando los cordones de pobreza por falta de oportunidades reales en sus localidades, son cada vez más poderosos.

La realización del primer “Catastro Regional de Artesanos y su Artesanía: Una región hecha a mano” nos mostró una realidad sobrecogedora y sobretodo una muy particular: la pérdida de técnicas artesanales ancestrales. Es decir los saberes ancestrales se están olvidando;

los últimos cultores que nos van quedando son de avanzada edad o están cansados de esperar oportunidades que nunca han llegado. Se han visto obligados a entregar sus productos a intermediarios inescrupulosos o a buscar otras alternativas de vida. Desafortunadamente, nuestra región no ha visualizado la importancia de este patrimonio cultural inmaterial, que crea y recrea nuestra identidad como gente del Desierto de Atacama. Somos una región multicultural con presencia actual de tres pueblos originarios: Aymaras, Quechuas y Lickan Antai y una desaparecida como los cazadores recolectores de la costa llamados Changos, todas culturas milenarias que nos dejaron un gran legado. Por otra parte, la llegada en los últimos 3 siglos de grandes contingentes de personas de otras zonas de Chile y del extranjero (otras culturas), atraídos especialmente por la búsqueda de oportunidades en el área minera, se suma a la gran diversidad cultural de nuestra región.

Los antecedentes anteriormente expuestos, sirvieron de base para que nosotros, todos miembros de CULTAM, una organización cuyo fin primordial es promover el uso sustentable del patrimonio cultural y natural del norte de Chile, a llevar a cabo un proyecto para valorar a cultores artesanales que aún recuerdan su historia y su arte.

Creemos que la publicación de este libro que incluye un DVD, es un aporte al rescate y difusión del patrimonio inmaterial y la salvaguardia de estos tesoros humanos vivos de la Región de Antofagasta. Seres casi mágicos que nos conmovieron profundamente con su personalidad, sus saberes, sus penas y alegrías. Hemos documentado, once técnicas artesanales casi desconocidas y la gran mayoría a punto de desaparecer o declinantes, como es el caso de la cestería de don Cecilio, canastos hechos de caña y varillas de chañar, o de la molienda de



trigo en el molino de piedra de don Clemente; de los tejidos de lana de alpaca y plumas de ñandú y guallatas (gansos andinos silvestres) de la señora Victoria que junto a las señoras Carmen Achu y Fermina Paucar, nos mostraron sus saberes en el tejido en telar de cuatro estacas.

Es nuestro deber destacar también, que a pesar de lo poderoso que son los factores que contribuyen al olvido de nuestro patrimonio cultural, existe el interés de algunos jóvenes cultores de continuar con la tradición artesanal. Por tal motivo, en las últimas páginas de este libro se presentan a tres jóvenes artesanos; Héctor, Rita y Carolina quienes motivados por su propio interés de compartir y aprender el legado de sus mayores o de sus antepasados, intentan mantener vivo el sentimiento de nuestro pueblo como herencia a la humanidad.

Después de nuestro primer encuentro con don Alejandro González en Toconao, tuvimos la percepción que nuestro trabajo debía ir más allá de la simple descripción de una técnica artesanal, las cuales aunque fueran bien descritas no lograrían replicar todo lo que éstas significan, pues no podríamos describir en esencia la habilidad y el sentir puestos al servicio de su arte. Por tal razón, en este libro hemos querido destacar y poner en valor al artesano y su vida por sobre las técnicas artesanales en sí.

Esperamos honestamente, haber logrado nuestro objetivo.

CULTAM
cultura y medioambiente sustentable





*En la belleza dramática del paisaje encontró la imagen,
a pesar de su aspereza, dejó que extendiese su voluntad:
escarbó en la tierra con sus manos quebradas,
para hacer brotar su fruto a los amaneceres.*



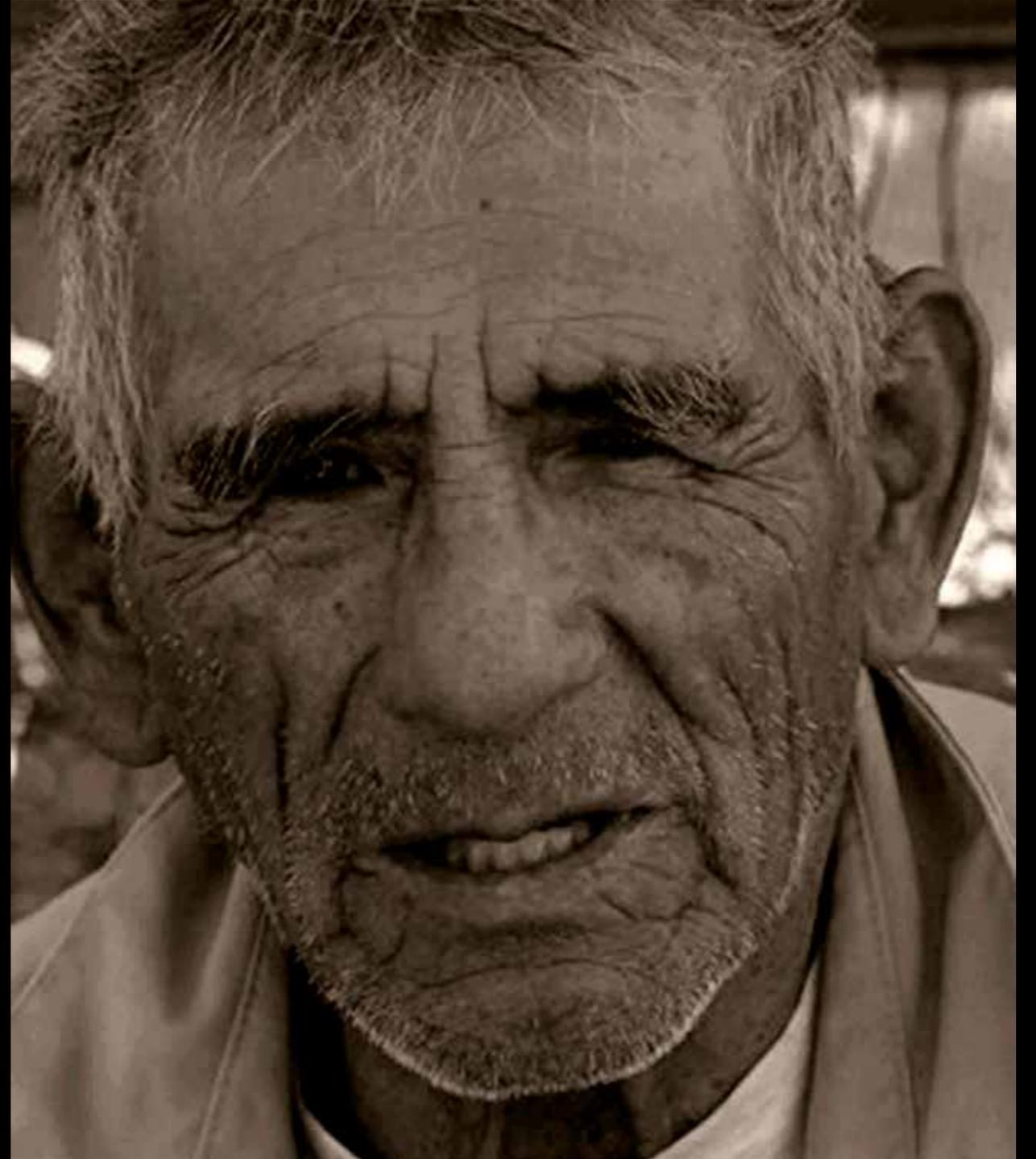
Alejandro González
Tallado en piedra volcánica, Toconao

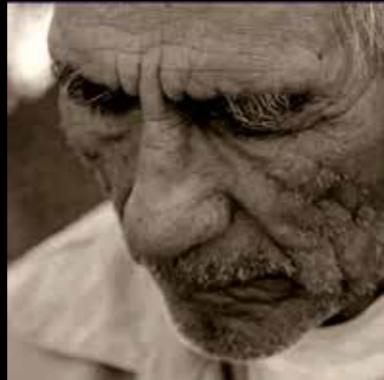


Alejandro González

Tallado en piedra volcánica, Toconao

Alejandro González, artesano y cultor musical, nació en Toconao, de origen Lickan Antai. Durante sus 78 años ha compartido su vida con doña María Mamani. Tiene 9 hijos, la mayoría de ellos viven en Calama y muy a su pesar ninguno se entusiasmó con el arte de tallar la piedra. Empezó su arte a los 18 años, siempre fue su único oficio. Fue elegido por el Consejo de la Cultura, “Tesoro Humano Vivo de Chile, 2011”, por ser cultor de música y artesanía tradicional. Se reconoce a través de él, todo el legado de la comunidad de Toconao que por siglos ha cultivado y preservado la cultura Lickan Antai.





Alejandro González

Tallado en piedra volcánica, Toconao



Nuestro Norte no ha sido privilegiado con los verdes sureños, es una tierra desprovista de casi toda gracia vegetal, costras salinas cubren su manto, pero hay un lugar de membrillos y perales, un valle de refrescante color, un oasis, Toconao.

En éste inusual paraje que contrasta con las pálidas y resacas tierras de su alrededor, encontramos un hombre sabio y alegre, artesano y cantor, don Alejandro González, el último de los artesanos talladores de la piedra caliza.

Con el amanecer de cada día sale en busca de su obra de arte. A las ocho de la mañana de un día cualquiera, don Alejandro se dispone a salir hacia el Río Aguas Blancas, un lugar encrespado de rocas volcánicas, rodeado de cerros sagrados, el Muyan, el Kimal y el imponente Licancabur; para nosotros, un lugar agreste en que el sol hace resplandecer sus rayos con más intensidad.

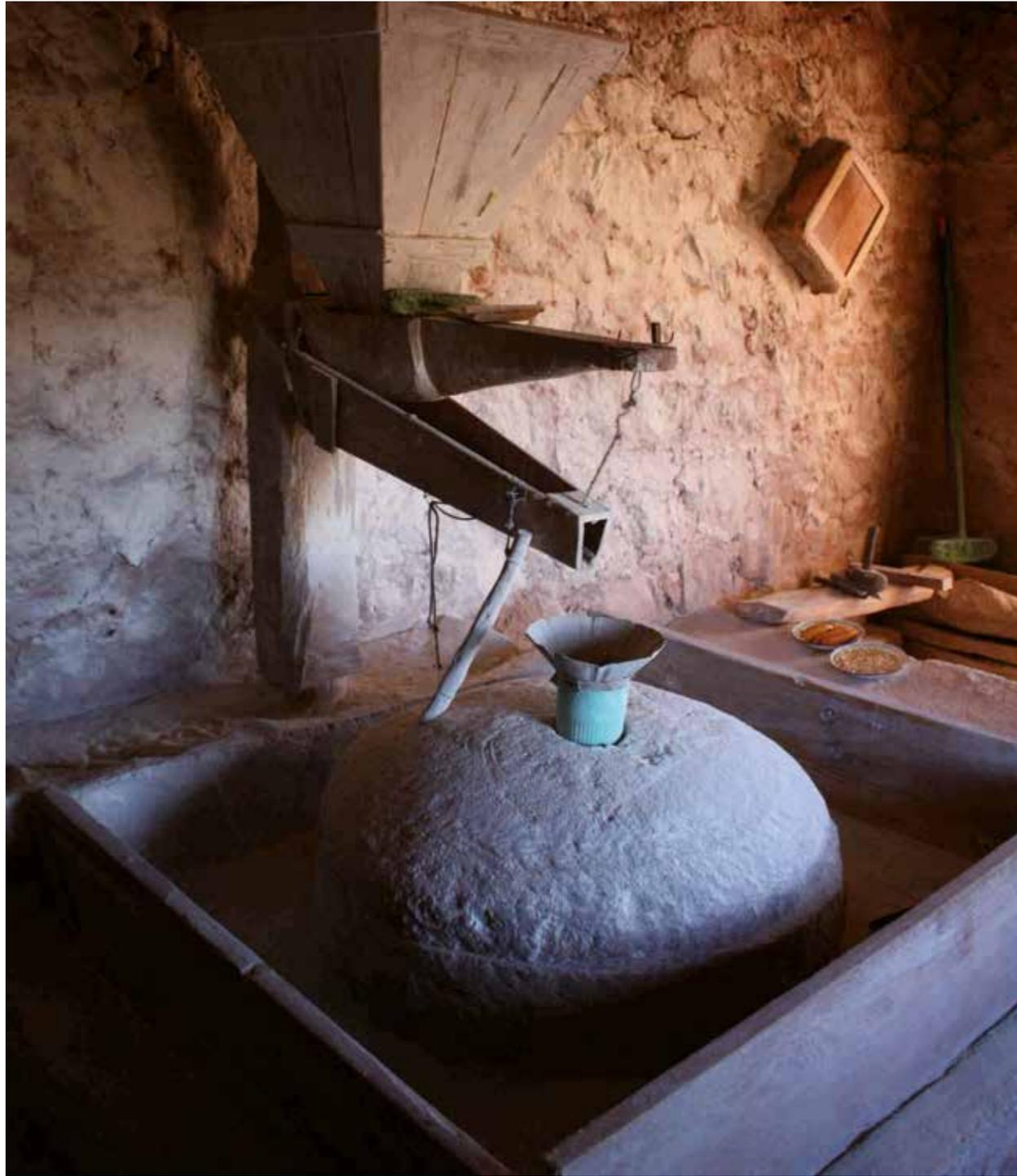
Allí no todas las piedras sirven a su arte, las hay grandes y pequeñas con sus partes expuestas al aire del páramo, bruñidas por el roce, escondidas abajo, a metros de don Alejandro, “pero donde hay harta ceniza, hay piedras” dice, y con su barreta y hacha extrae aquella piedra blanda y porosa, la que luego se transformará en una delicada pieza artesanal que adornará algún hogar sin que se le reconozca su origen.

Largas horas han pasado, extraer la piedra no es tarea fácil. Instalado en su taller, rodeado de árboles de durazno, naranjos y limoneros se dispone a comenzar. Nadie podrá imaginar en lo que terminará ese pequeño trozo de roca. Sólo don Alejandro visualiza el objeto. No tuvo maestros que le enseñaran su oficio, sólo el tiempo le dio a sus manos la destreza en su trabajo.



Sus herramientas son de fabricación casera; discos de corte ya desgastados por el uso de tanto marcar la piedra, cinceles, la más fiel de sus herramientas; destornilladores, escofinas, clavos, lijas, todas impregnadas de su vida. Bellas en su rústica forma.

Sus manos ásperas y reseca, toman con firmeza su cincel y con increíble destreza comienzan a dar forma a una imagen sepulta, aportillándola de lado a lado, acariciando y suavizando su forma. Lentamente desaparece el pedazo de roca, casi nos sentimos parte de la imaginación de don Alejandro. Aparece el rostro, el cuerpo, una figura única, una sampoñera, o tal vez un burro o una tejedora, solo él lo sabe. Don Alejandro González, tesoro humano vivo de éste hermoso arte de tallado en piedra volcánica.



*Un ruido se escucha sobre el lecho,
golondrinas siempre cantan,
agua que salta, agua que brilla.
El grano salta, el agua muele
y el recinto donde el amor se
arriesga, centellea y marca el paso.*



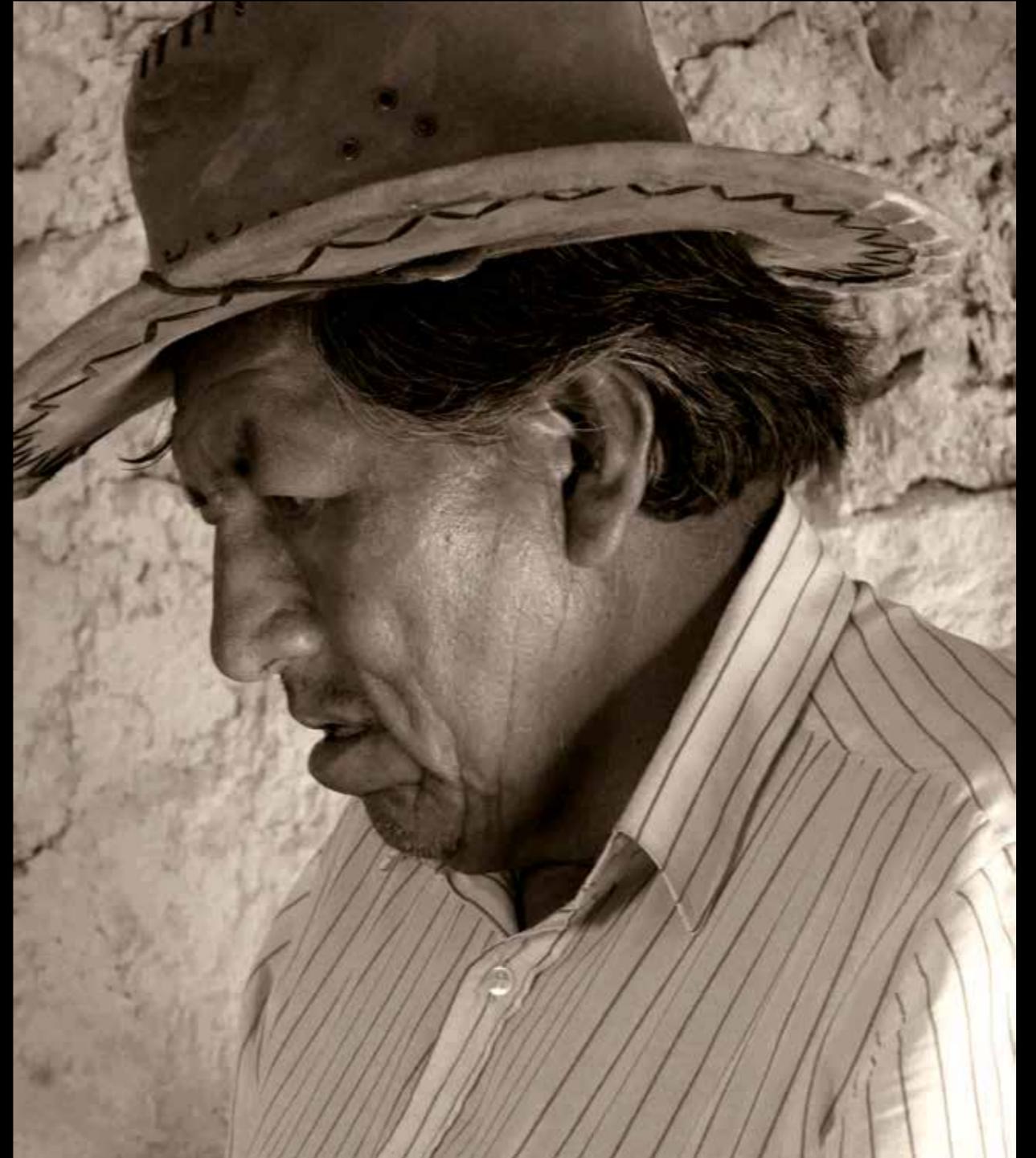
Clemente López
Molino de piedra, Vilama



Clemente López

Molino de piedra, Vilama

Clemente López tiene 60 años. Pertenece a la etnia Lickan Antai, de madre boliviana y padre chileno, nació en Bolivia en la frontera con Chile en la localidad de Quetena y se vino a Chile a los cinco años, junto con sus seis hermanos. Es soltero, vive en el ayllu de Coyo donde desempeña labores en la agricultura y ganadería. Se desplaza al ayllu de Vilama para ejecutar sus labores en la molienda de trigo y maíz; oficio que aprendió de su padre. Lleva 35 años haciendo harina en su molino de piedra que ha pertenecido a su familia por generaciones. A diario obtiene un quintal y medio de harina. Trabaja solo y dedica doce horas diarias cuando hay mucho trigo o maíz que moler. Además es comunero y *Cantur*, es decir, tiene el conocimiento o la sabiduría de su pueblo por tanto; es partícipe de múltiples ceremonias económico-religiosas que son las que permiten la supervivencia de la comunidad. Desea enseñar el trabajo de molinero a otras personas para que no se pierda la tradición *“me gustan las tradiciones antiguas y mantener nuestra cultura”*





Clemente López

Molino de piedra, Vilama

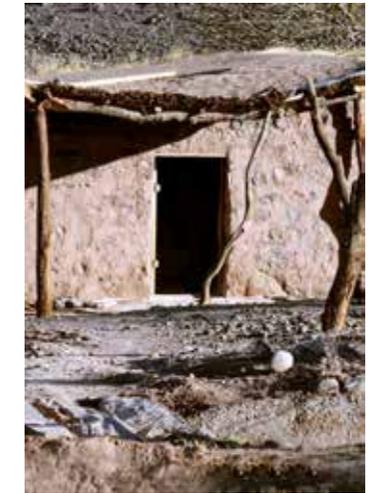


De la misma manera que nuestras tierras no poseen una exuberante vegetación, tampoco gozamos de la ternura del agua, leves son los hilos que acarician las arenas y leve el murmullo de lejanos manantiales. Sin embargo, nuestros antepasados sabedores de su precaria existencia, la administraban con avaricia, haciendo surgir un dudoso verdor en tierras estrechas y escalonadas. La siembra del trigo y el maíz siempre han sido vital para nuestra cultura ancestral; aún en nuestros días, alguien de un desconocido y lejano lugar – el ayllu de Vilama – mantiene viva tradiciones de añejos tiempos. Allí, un pequeño y canalizado torrente de agua baja de la cordillera al encuentro de don Clemente López, el último molinero de San Pedro de Atacama.

Al clarear la mañana, Clemente llega al molino en su bicicleta, viene desde Coyo, el ayllu vecino, hombre de rostro amigable, mezquino en palabras y de gestos amables, es un “*Cantur*”, hombre sabio en lengua *Ckunza*.

De padre chileno y madre boliviana, lo trajeron de pequeño a Chile – su abuelo había comprado un molino – desde entonces fue cautivado al igual que nosotros por la indescriptible belleza de los molinos de agua.

Toma el saco de trigo que le han dejado para moler y comienza su pausada rutina de hace 35 años. Nos abre la diminuta puerta de madera de chañar de una casita de adobe, cañas y brea cubren el techo, es pequeña y pasa inadvertida en el llano terreno que la rodea. Al entrar, la tenue luz nos recibe con el exquisito aroma de trigo molido impregnado en cada una de las rendijas de la madera. Con suavidad deposita los granos de trigo en la antigua tolva de madera de algarrobo, - ya es hora de hacer cantar el agua - raudamente abre las compuertas del río y el agua liberada salta alegre buscando el camino, las veletas comienzan a rodar y la centenaria piedra volante empieza a girar, firme, suavemente marcando un compás; sujeta



al timón está la “*Taraqilla*” que en lengua propia significa “*mujer que habla mucho*” cuyo golpeteo suelta el dorado hilo de trigo que cae lentamente susurrando una y otra vez la historia repetida de hace tantos años. El aroma evoca recuerdos de niñez, nada más se escucha, el vuelo rasante de las golondrinas, el murmullo sedante del agua y el trigo cayendo – el silencio llega – y don Clemente comienza la noble tarea de recoger la harina, lo hace con respeto, agradecido, es un tributo a la tierra, es un tributo a la vida, es la razón de su vida.

Ha terminado un día más de don Clemente, y nos queda la grata sensación de haber compartido un momento fugaz de nuestros antepasados.

De la añosa puerta de madera se despide esperando el mensaje que recibió su padre y antes de él, su abuelo... “*Clemente te dejo trigo para moler, regreso en la tarde*”. Clemente López, tesoro humano vivo del oficio milenario en la molienda en Molinos de Agua.



*Estrellados los juncos han de estar,
pues serán las varas que van a guiar,
para el entrecruzado comenzar..
una por delante, otra por detrás.*



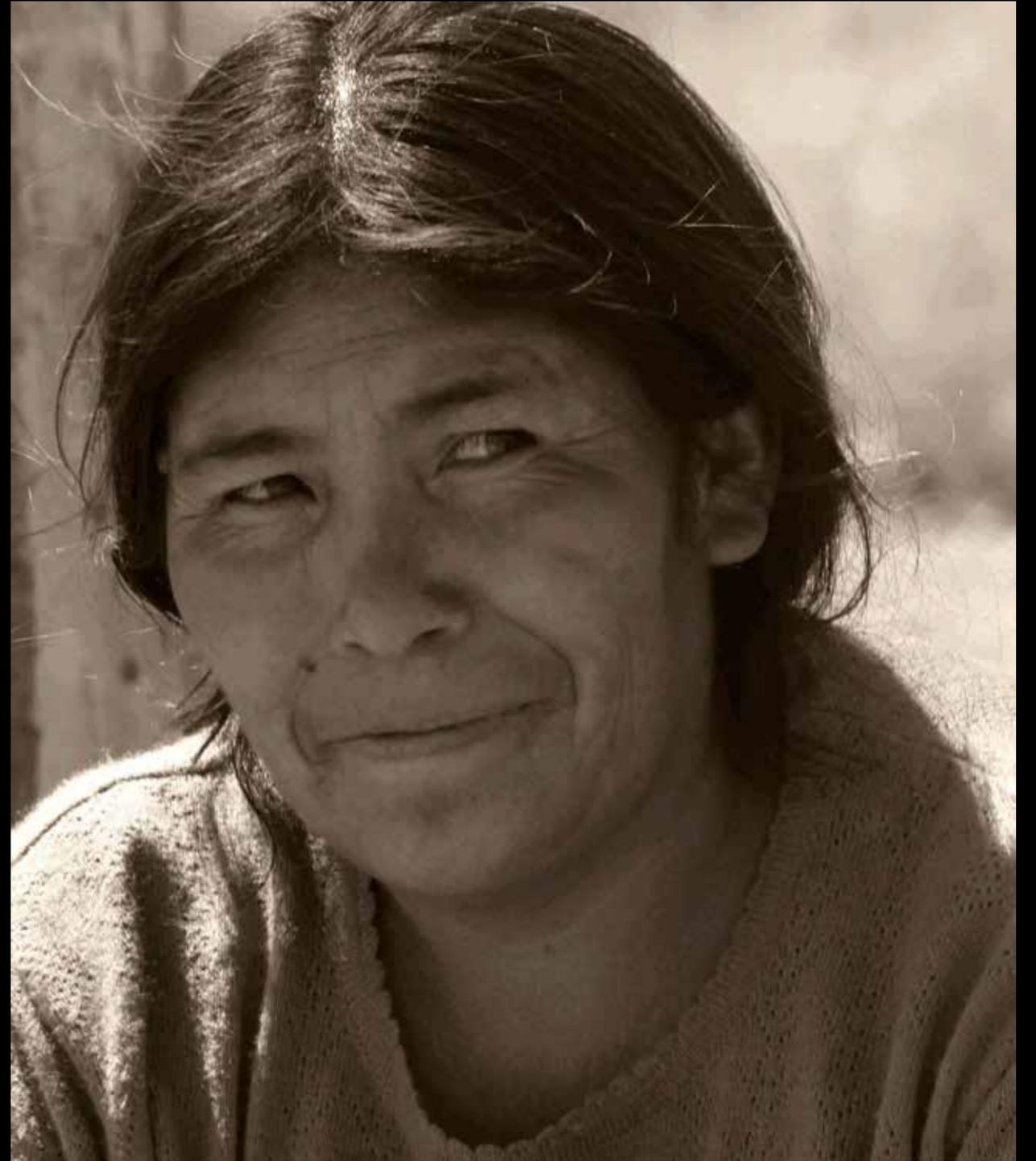
Teresa González
Cestería en fibra vegetal, Solor



Teresa González

Cestería en fibra vegetal, Solor

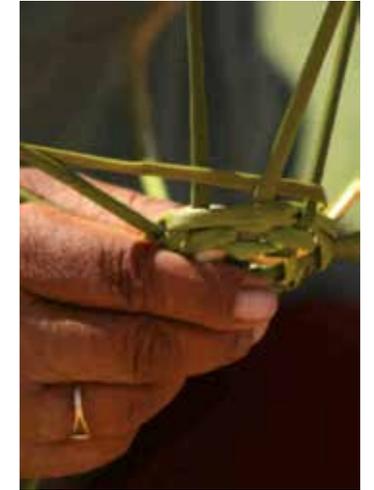
Nació el 22 abril de 1966. Un día pastoreando a sus animales, en el espejismo de la Laguna Céjar, recordó cuando era niña, cómo sus abuelos tejían los canastos de juncos. En la soledad de la laguna, comenzó a tejer y dar forma a un canasto. Teresa González, mujer Lickan Antai, casada y madre de tres hijos. Se dedica a la ganadería y de vez en cuando fabrica canastos tejidos con fibra vegetal que recoge de Céjar, Puritama y Vilama. Trabaja sola en su casa y nadie más ha continuado con esta tradición. Tiempo atrás vendía sus canastos a los turistas, sin embargo, hoy día ya no lo hace.





Teresa González

Cestería en fibra vegetal, Solor



Entre parajes de colores tornasoles, donde la tierra agreste es mezquina de aromas y polen, afloran cual espejismos, verdes filamentos abrazados, formando islas como pompones iridiscentes de verdor, largos y ahuecados juncos, frondosas colas de zorro, esbeltas y espigadas cañas, y en el centro el agua vertiendo los cálidos vapores de la tierra – es Puritamaque en lengua propia significa “*aguas calientes*”; todo allí huele a pureza y a calma.

A este remoto lugar llega Teresa con sus pies curtidos en busca del regalo que le da la naturaleza, en busca de la esencia de sus canastos... los juncos.

Asoma la mañana y el gris diario va transmutándose poco a poco en celeste, débil primero y más cargado después. Nos recibe la planicie quieta, transparente y única, sólo unos cuantos tamarugos alzando sus brazos nervudos, árbol duro y resistente que la arena no ha podido aplastar, es el lado este del ayllu de Solor.

Aquí, rodeada de sus animales y breve vegetación encontramos a Teresa tejiendo debajo de uno de los escasos árboles que le dan sombra, recordando su oficio, buscando en la memoria de sus abuelos.

Ella es una mujer pequeña y delgada, pegada al suelo que soporta los embates del sol, de la fatiga y la sed. Sobria de ademanes y palabras y donde sólo su amplia sonrisa, da vida a su rostro moreno y enjuto.

Sus manos presurosas seleccionan los juncos ya reposados del día anterior, blandos deben estar y de consistencia justa, igual tamaño, igual grosor como antes, como ayer y con enorme destreza comienza a tejer.



Estrellados los juncos han de estar, pues serán las varas que van a guiar,
para el entrecruzado comenzar, una por delante, otra por detrás.
Rítmicamente dibujando un panal, seis centímetros de base tendrán,
Las manos de teresa dan forma a este ramal, siempre la canasta apoyada en el palmar.
Una y otra vuelta, por delante, por detrás todo se repite hasta llegar al final.
Una vasija de juncos, una panera quizás,
la forma la dan sus manos y una trenza formara,
para convertirse en asa, justo antes de cortar
y con delicadeza su canasto rematar.

El tejido es poesía pura, se entretejen uno a uno los juncos de la vida pasada y futura, permanece entre sus redes el conocimiento oral de los abuelos, el sabio conocimiento del complicado y hermoso tejido de la vida... Hoy en un presente breve nos hemos reencantado con éste arte de otrora en las manos sabias de Teresa González, tesoro humano vivo del arte de la cestería ancestral.



*Crecen punzantes esbeltos.
En las tardes parece que envejecen.
Pero en cada mañana me lo dice:
-Yo soy verde y esbelto, esbelto infatigable,
leal amigo, reciente, madrugador, delgado*



Juan Vargas
Réplicas en madera de cactus, Peine



Juan Vargas

Réplicas en madera de cactus, Peine

Nació el 15 de diciembre de 1960, en Peine. De etnia Lickan Antai está casado con doña Inelda Gavia y tienen un hijo. Hace 20 años buscó a un anciano, para aprender la técnica del tallado en madera. El antiguo artesano que ya murió, le enseñó que para tallar los altos cactus del altiplano, éstos debían estar muy secos y ahuecados. Con los años que lleva trabajando la artesanía de cactus, ha logrado hacer hermosos cofres, lámparas, portarretratos, paneras y réplicas de las iglesias de los pueblos del altiplano de la Región de Antofagasta. Comparte su oficio artesanal con su hijo Iván. Actualmente trabaja en una empresa minera de la región y vende su artesanía ocasionalmente en el taller que tiene instalado en su casa.





Juan Vargas
Réplicas en madera de cactus, Peine



El paisaje nos envuelve en este sinuoso camino, la decoración cambia paulatinamente, como pintada por una mano sabia en efectos inéditos, empieza a mancharse de tenues degradados de violetas y purpuras, cerros y volcanes, aparecen los tamarugos, y de nuevo sólo pampa, se regocijan nuestros ojos cuando al final del camino nos encontramos con el último de los aylllo del Salar de Atacama, el pueblito de Peine. Bañado de algarrobos, chañares y pimientos, refrescantes afloraciones de agua para calmar la sed del caminante, a lo lejos divisamos inundarse los cerros de sombras, son los cactus que brotan erguidos e infatigables con su cuerpo erizado de espinas que capturan las esquivas gotas de rocío y una tras otra forman el único néctar que da vida a estos imponentes centinelas que se yerguen en los oliváceos cerros del altiplano. Pero el tiempo pasa inclemente para algunos de ellos, pierden fuerza y sus espinas caen y pese a todo continúan erguidos, orgullosos de saberse dueños de estas tierras tan inhóspitas.

Hasta esos cerros llega con pasos aletargados don Juan Vargas, es oriundo de Peine, un hombre joven, de sonrisa amplia que encantado por estos enormes pilares espinudos va en busca de los cactus ya maduros, a los que no les queda ni una gota de rocío entre sus vetas, donde la sequedad de sus entrañas es lo más importante; camina y golpetea aquellos desprovistos de espinas, entonces alguno responde con un hueco sonido, es aquel que está listo para entregarse a don Juan para realizar su arte. Lo corta y lo despoja suavemente de toda suciedad.

Lo traslada a su taller, es un lugar cálido, una banqueta y un arrimo de tablas, pequeñas, grandes, gruesas, delgadas -un arrebató de futuras piezas artesanales-, allí lo acompañan su esposa Inelda y su hijo Iván, quien también comparten el gusto de realizar el trabajo junto a Juan. Sus herramientas son simples, serruchos de diferentes tamaños, sierras para dar forma a las figuras, escofinas redondas y cuadradas que afinarán los recónditos lugares de miniaturas



inventadas, lijas para desprender toda la belleza escondida bajo la aspereza de la corteza del cactus, y para pegar cola fría, la intrusa inevitable de la modernidad. Toma el serrucho y con firme vaivén incrusta sus dientes sobre el ya dispuesto trozo de cactus prensado sobre la banqueta, una a una va pariendo finas tablas. Una vez que tiene las tablas en finura deseada, marca y corta las figuras; iglesias, colgantes, lámparas, cofres, todo lo que su imaginación le permita. Para trabajar, *“mano liviana has de tener, pues, frágil el cactus es”*. Pega una a una todas las partes de su artesanía, su rostro se ilumina cuando va apareciendo materializada esa pieza creada en su mente, con paciencia espera que se seque y luego, delicadamente, como quien acaricia una flor, la lija para darle la suavidad y terminación deseada.

Es regocijante haber encontrado a alguien que mantiene viva la belleza del cactus. Que nos permitiera conocer el enraizado y desconocido oficio de crear figuras con esos infatigables pilares espinudos. Nos ha hecho comprender que la juventud no es impedimento para mantener las tradiciones, 20 años lleva en su oficio, Juan Vargas, tesoro humano vivo de la artesanía en madera de cactus.



*El polvillo de la tierra seca
el latido de la paja canta
mi canto de idioma lento
la vuelta del nudo al viento*



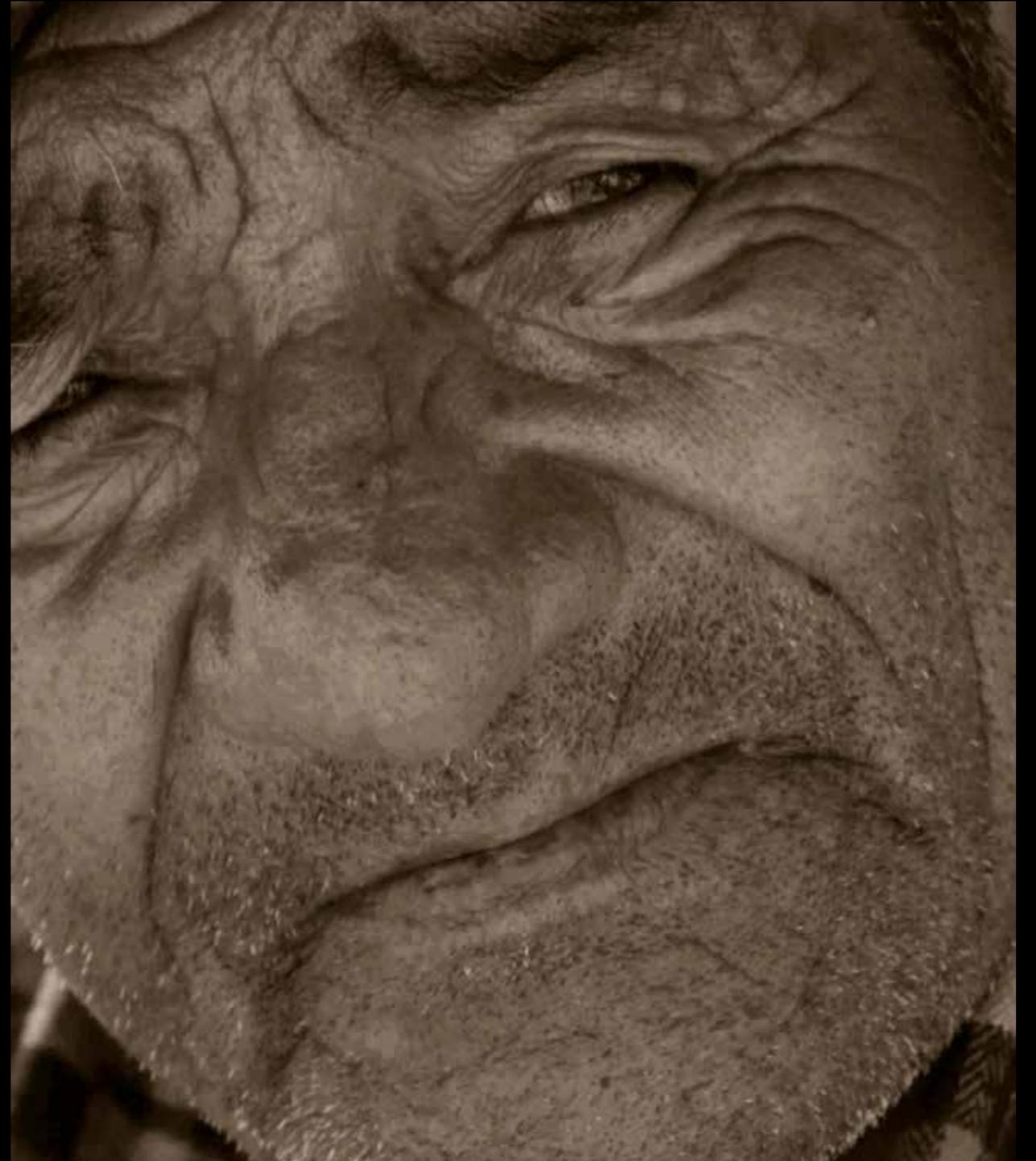
Cecilio González
Cestería en fibra vegetal, Solor



Cecilio González

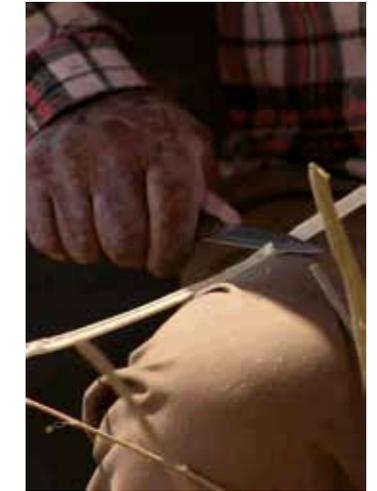
Cestería en fibra vegetal, Solor

Nació el 22 de diciembre de 1934. De etnia Lickan Antai y habitante de Solor. Casado. Vive de su ganado. Cuando era pequeño, ayudaba a sus abuelos a recoger frutas en Toconao, las que eran transportadas en unos canastos de chañar y caña que ellos mismos tejían. Aprendió a tejerlos mirando a los abuelos. Se demora un día en fabricar un canasto. Trabaja en su casa y vende su artesanía sólo por encargo.





Cecilio González
Cestería en fibra vegetal, Solor



En nuestros pueblos de nombres ancestrales como Lasana y Tilomonte, también encontramos el ayllu de Solor, en el centro de Atacama. Bajo las faldas del Licancabur y en medio de la planicie agreste, hay una casa construida de madera de chañar, caña y piedra dura revocada de barro que mira al sol que se pasea gozando con el polvo amarillo de la *chusca*, más allá de las vegas donde pastan los camélidos y los hilos de agua son conducidos ingeniosamente por acequias cavadas en la historia y la tradición.

En este nido de vida humana, compartiendo el paisaje con sus llamas y ovejas, cerca de las águilas, se encuentra Cecilio; creando con sudores y muchas noches y mañanas su hogar. Un hombre en que el tiempo se ha estacionado en su rostro color ocre como la madre tierra, sus ojos oscuros cristalizados con algo de cielo, lleva a su espalda la historia de tantas lunas y soles pasados.

Toconao fue y es, hoy en día, una tierra floreciente de frutales. En tiempos antiguos se recogían las peras de pascua, brevas y membrillos en canastos llevados en la espalda por los lugareños.

Cecilio era pequeño y en la recolecta de frutas debía ayudar, sentóse junto a los ancianos, caña y chañar en mano -nadie le dijo cómo- sus ojos guiaron sus manos, traspasaron el conocimiento y tejió su primer canasto.

Corren los días de noviembre, maduras y amarillas las cañas están y su cuerpo esbelto ya no se quebrará en las entramadas del canasto junto con el chañar. A lo largo de la caña cortará varillas, las durezas limpiará y entonces con firmeza la curva al canasto dará.



Formará el “*Chinitur*”, varillas verdes de chañar hermanadas en pares hasta llegar a doce, veinticuatro serán los pares en la base del tramal; las varas de caña tejidas en par, una por delante, la otra por detrás, el tramado llegará hasta la altura que le quiera dar. Y para terminarlo por las varillas y hacia abajo la caña deslizará. Los hilos del sol terminarán el tramado con algunos días de secado y el canasto de chañar y caña quedará apretado.

Hemos recorrido gran parte de nuestro Norte, para maravillarnos con las innumerables y sorprendentes personas que nos hablan de su particular y compleja forma de vida, modelada por las características especiales de esta geografía. Pero han sido sus herederos culturales trayendo a nuestros días una tradición ancestral con escasas variaciones y a través de ellos hemos trazado imágenes que nos permitieron acercarnos al pasado, acercarnos a Cecilio, tesoro humano vivo en el arte de la cestería en caña y chañar.



*Estas agujas vehiculares,
tantean sutilmente cada poro de tu piel,
que se eriza y se conmueve,
dejando exhalar suaves suspiros,
que invaden el centro de mi ser.*



Ema Cruz

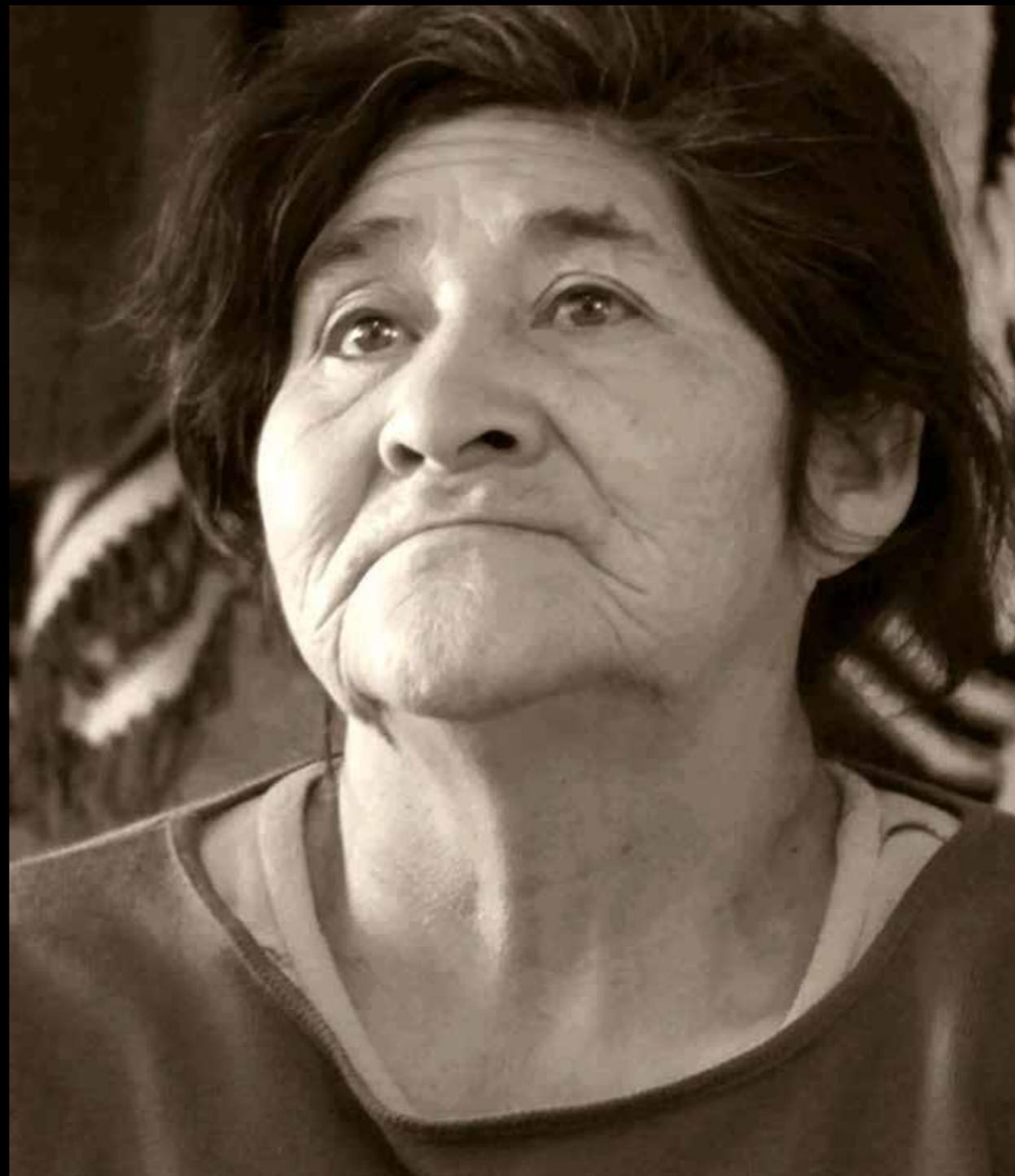
Tejido con espinas de cactus, Socaire



Ema Cruz

Tejido con espinas de cactus, Socaire

Nació el 1 de febrero de 1953. De etnia Lickan Antai, tiene nueve hijos. Pertenece al Grupo de Artesanos de Socaire. De sus propios animales, ésta mujer artesana saca la lana para hacer sus tejidos. Esquila las ovejas, hila y teje. Aprendió desde los 12 años con su madre, abuelas y tías la técnica del tejido. Dedicar dos a tres horas diarias a su artesanía la cual comercializa en local de ventas de artesanía de Socaire. El resto de su tiempo siembra quínoa.





Ema Cruz

Tejido con espinas de cactus, Socaire



El Camino se hace extenso, de repente aparece oscilante en la lejanía una nube de arena, son los arremolinados vientos de la cordillera que levantan la frágil capa de tierra que se funde en el horizonte con el albo reflejo del Salar de Atacama; lentamente el tono gris va revistiéndose de un verde diáfano poco a poco más y más vivo. La brisa fresca, los verdes cultivos de terrazas sembradas y un piño de ovejas por una paisana guiada, es la entrada al pintoresco pueblito de Socaire.

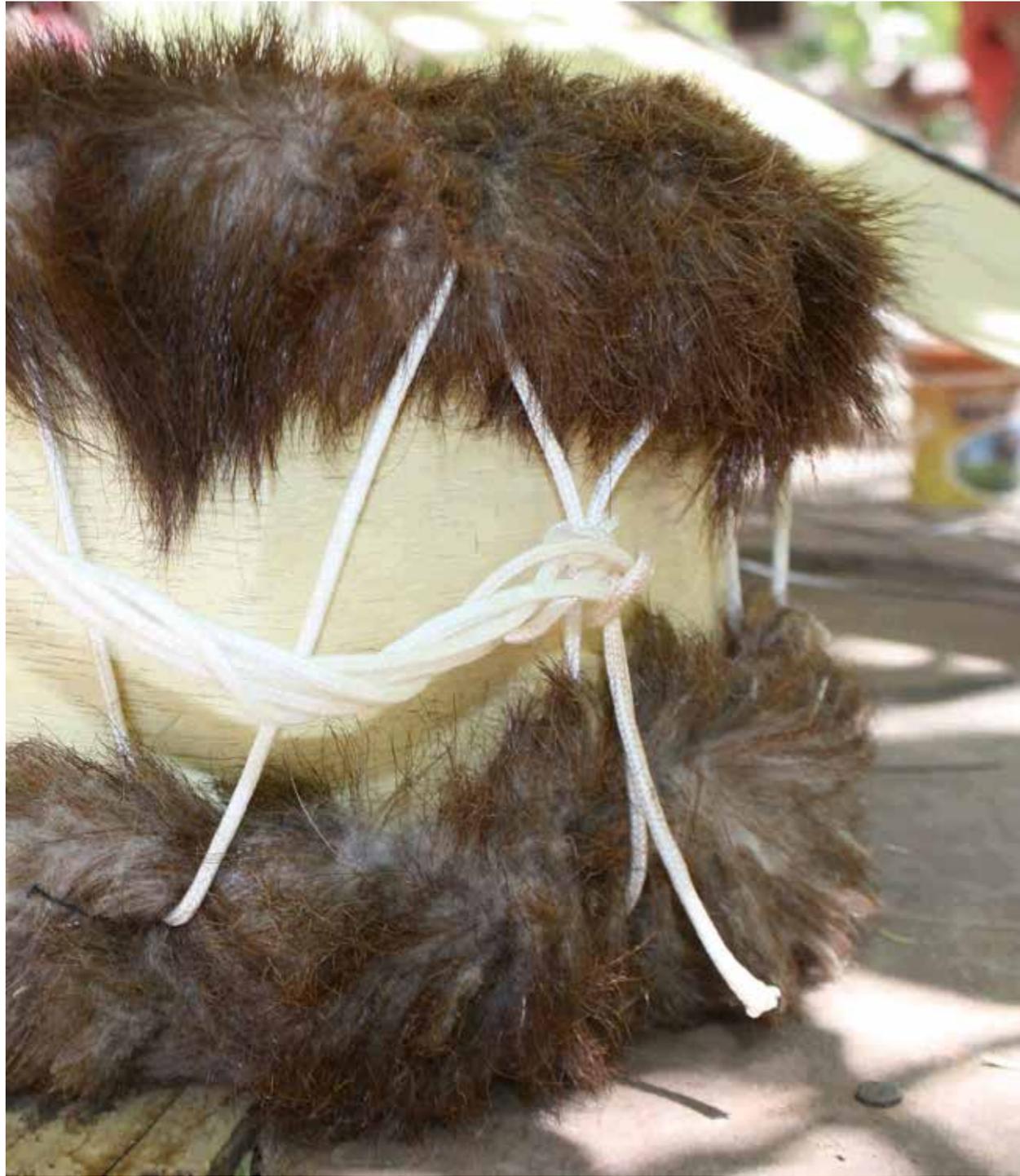
A una típica casa de piedra, construida a la usanza antigua, con pasos presurosos llega Ema, una mujer delgada, de manos ajadas y en su rostro de nervaduras marcadas, resplandecen sus saltarines ojos que reemplazan la sonrisa esquivada. Consigo trae el conocimiento heredado por sus abuelos; las agujetas de cactus por quince años guardadas y la lana hilada.

La blanca de sus ovejas huasas y la amarilla por el néctar de la tuna teñida; hebra tras hebra al huso asida, juguetea el trompo, gira y gira dando abrigo a su flaco y enjuto cuerpo de madera.

Ya hilada la fina hebra, con destreza a su dedo anilla, por su cuello la desliza y punto tras punto la fina agujeta de cactus la lana anida. Un revés y un derecho, un derecho y un revés, sin mirar, sus manos se mueven con frenesí; teje sueños entre sí, teje el recuerdo de su memoria guardada entre los hilos de los ponchos, bufandas y calcetas. Es una tejedora de ilusiones que teje su vida cada día al despuntar el sol. Su tejido tendrá diferentes tonos y texturas, ásperos con las desilusiones, suaves con la ternura, resplandecientes con los amores y opacos con las mentiras.



Ema es una indígena de mi pueblo, es una gran mujer, que teje amores de otros tiempos, teje a nuestros antepasados, nuestras abuelas, que a pesar de resistir y crear, las convirtieron en páginas en blanco y su historia, que es la de todas y todos, nunca fue escrita ni contada. Ahora somos parte de la urdimbre de su vida, la vida de Ema, tesoro humano vivo del arte ancestral del tejido con espinas de cactus.



*Tambor de cueros, de besos y abrazos,
tambor de la alegría, de maderas reposado,
suena mejor en manos del que trabaja,
del pecho ronco y repique desbocado.*



Jermán Tejerina
Tambor carnavalero, Sequitor



Jermán Tejerina

Tambor carnavalero, Sequitor

Hombre atacameño y artesano de tradición, nació el 2 mayo de 1932, en Sequitor. Casado con doña Rosa y padre de dos hijos. Sólo quería cantar en la fiesta del carnaval, pero de tanto intentarlo se dio cuenta que su voz nunca entonaba. Un poco desanimado, siguió el sonido impetuoso de los tambores carnavaleros. Como no servía para el canto, quiso *hacerle empeño al tambor*. De a poco entró en el ritmo de los tambores que animaban “El Baile de los Toros” y que hacían bailar a todos en el carnaval. Desde ese día no paró más de tocar y con los antiguos bailarines, aprendió a fabricar tambores. Son cincuenta años que lleva haciéndolos. Aunque vive de la agricultura y del ganado, actualmente los continúa fabricando y vendiéndolos sólo por encargo.





Jermán Tejerina
Tambor carnavalero, Sequitor



El Camino a Sequitor es estrecho, atiborrados de cañas demacradas por el polvo inclemente de los paseantes. Un laberinto de curvas que esquivan el paisaje por nosotros conocido, está colmado de árboles descoloridos, la interminable huella se abre y, se incendian de amarillo los chañares en flor y en el aire se respira el profundo y dulce aroma de los perales. Es una tarde del fin teórico de la primavera y la llegada del vacilante verano.

Nuestro puerto es una típica casona Lickan Antai. La meneante cola de un perro nos recibe guiando el camino a un patio trasero donde las higueras cubren el cielo de los esquivos rayos de sol -se huele a tierra viva- en este lugar de vibrante energía encontramos a don Jermán, es un hombre de baja estatura, pero grande de corazón y alegría; su rostro oscurecido está lleno de ternura y de fuerza, es un entusiasta en términos antiguos y sus dichos picarescos afloran espontáneos celebrados con una amplia sonrisa. Allí, el aire traslada el sonido errante de la música que llega a sus manos y la convierte en resonantes tambores carnavalescos.

En medio del escaso terreno despejado, y sobre un raído mesón don Jermán deposita sus escasas herramientas, filosos cuchillos, un gran machete, alicates, martillo, diminutos clavos, finos alambres, la infaltable lezna y una gran aguja de coser. A un ritmo pausado comienza a preparar el cuero de un cabrito de 8 días de remojo, que se lavará después con detergente y agua para sacar la grasa. Mientras, en el canal vecino el agua corre descuidada blandiendo la madera de 15 cms cortada. Los minutos transcurren, el tiempo no es motivo para don Jermán, y cantando espera el corazón de su tambor, “*otros cantan porque saben, yo canto por aprender*”. Ya dispuesta la madera comienza su tarea de buscar la curva perfecta que obediente a sus manos la madera esconde; a un viejo balde la aprisiona más y más con enérgica suavidad; una amarra de lana así la mantendrá, hasta que vencida por el sol mantenga su curvilínea forma de tambor. Con artesanales corchetes lo unirá y así se quedará.



Puesto éste sobre el estirado cuero, lo marca y con la habilidad de tantos años toma su cuchillo y comienza a cortar, a bastidores de alambre la redondez del cuero holgadamente coserá y ya dispuestos, el tambor vestirá. Con su gran aguja hace danzar la piola, entrecruzada cada 6 cm, de base a superficie, suave, suelta, esperando que la sequedad del tiempo le de al cuero la rigidez a su afinado tambor que alegrará los carnavales y repiqueteando en su voz dirá:

En la punta mi cuchillo
Traigo una vida perdida
¿Por qué no cantan y bailan
y se alegran como yo?
Y después se andan quejando
que la challa se acabó.

La música alegre el alma y aviva los corazones. La vida nos ha dado el placer de compartir éste arte de otrora y la oportunidad de mantenerlo en el tiempo y no quejarnos después que la challa se acabó. Nosotros nos alegramos con éste entusiasta de 78 años, Don Jermán Tejerina, tesoro humano vivo en el arte de fabricar tambores carnavaleros.



*Chamal rojizo y verde, las voces de mis sueños,
temblarán las lanas al ceñirte entre mi pecho.
Por el valor de una promesa de mis manos cansadas,
tejen y tejen en la noche y en la alborada.*



Fermina Paucar
Telar de cuatro estacas, Ollagüe



Fermina Paucar

Telar de cuatro estacas, Ollagüe

Fermina Paucar, de etnia Quechua, es habitante de Ollagüe. Nació en San Pablo de Seligrés, en Caluhué, Bolivia, “*donde el diablo está amarrado*”. Se vino a Chile en 1972 y se nacionalizó chilena. Casada y madre de 4 hijos.

Acostumbrada a usar la mano izquierda para tejer, pero su abuelo, apegado a las costumbres, le insistía a usar la derecha, porque “*la zurda es la mano del diablo*”. Esta artesana desde los 8 años hace telares. Aprendió a hilar observando a su madre. Hoy comparte el trabajo del tejido con su hija. Su materia prima la obtiene principalmente de sus propios animales.

Además de artesana, es educadora tradicional Quechua en la Escuela de Ollagüe. Pertenece a la Agrupación de Artesanas Killa Wasi.





Fermina Paucar
Telar de cuatro estacas, Ollagüe



En el largo recorrido hacia el pueblo de Ollagüe, encontramos una sucesión de volcanes fantásticamente policromados de rojo, azul, amarillo y una interminable gama de cafés, que contrastan con el albor de sus cumbres nevadas, y sorprendentes salares que están ubicados donde el mar ha tenido su lecho en otro tiempo. Allí las aguas salinas abriga la vida de coloridas aves que se entretienen coquetamente mirándose en las escarlatas aguas - son las parinas - y al alero de un vergel único y maravilloso las esbeltas vicuñas pastan silenciosamente.

El último día de octubre arribamos al silencioso pueblo de Ollagüe, casas ordenadas y vías ferroviarias que nos hablan de la última estación fronteriza con Bolivia. La humanidad reposa en la sombra de sus casas preparando coronas de flores con olor a ausencia y lejanía para la fiesta de los difuntos.

En el vano ajeteo del día encontramos a Fermina, una mujer de rasgos simples, su rostro dibujado con una amplia sonrisa, extrañamente sociable, llena de gestos amables y alegres, nos recibe en su casa impregnada del sutil aroma de las hierbas y crocantes churrascas y sopaipillas. Con alegre disposición toma sus implementos para comenzar su labor transmitida por generaciones, escasa hoy en día, pero Fermina asida a sus tradiciones y con el entusiasmo de antaño y la fuerza de hoy, clava las cuatro estacas en el suelo para comenzar su telar. Una vez dispuesto, toma una rama de *Tola* y se encomienda a la Santa Virgen de las tejedoras, para que en sus manos afloren de la tierra sus raíces y en el telar los vivos colorinches de las lanas alegres.

Comienza la urdimbre jugueteando de lado a lado los vivos colores de las lanas - teñidas con tola, legía y papa de *alcañoca* - hasta la anchura deseada. Lo suelta de la estaca y lo amarra



a su cintura, anuda las hebras y pasa la *illawira* que guiará el telar. Entre sus medios la *winasa* van las lanas a separar y la *wichuña* el telar apretará, un hueso de peroné la ayudará el tejido separar y un palito delgado la trama formará. Cuando ya el cansancio acuda a sus manos enrollara el chamal rojizo y verde a la espera de otro amanecer para seguir el fino entramado de los hilados, como de costumbre, pero no como rutina hoy como ayer y ojalá mañana como hoy.

Con los días que acontecen, suelo revitalizar las ilusiones de antaño y cambiaría las organzas de ayer por los telares de hoy, espesos y coloridos, donde el tiempo prestó sus hilos y las estaciones dibujaron augustos e infinitos caprichos singulares, impreso va el telar de góticos inviernos y otoños despeinados, primaveras negligentes de pétalos, todo grabado en los diáfanos tricotados de Fermina Paucar, tesoro humano vivo en el arte del tejido en telar de cuatro estacas.



*El verano se transformó en invierno al mirar más de cerca,
vacío tu nido de plumas, la tibieza no me bastó,
en mis manos las plumas recogí,
caídas en el tiempo, en mis dedos deambuló.*



Victoria Véliz

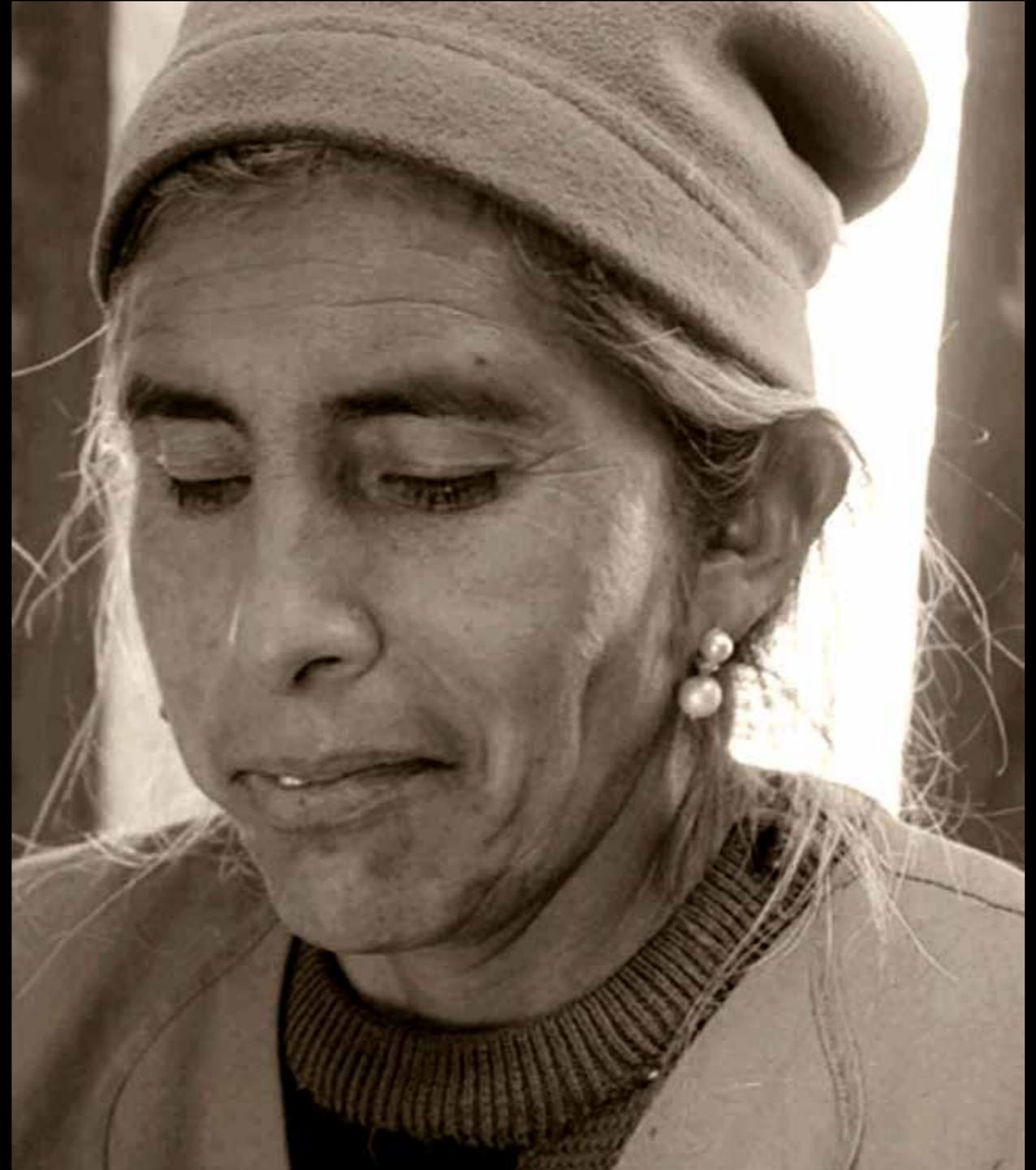
Tejido con plumas, Ollagüe



Victoria Véliz

Tejido con plumas, Ollagüe

Nació el 8 de noviembre de 1959. De etnia Quechua, es casada y madre de 4 hijos. Tejedora de guantes de pluma de ñandú; de medias, mantas, gorros y todo para pasar el frío del altiplano. Aprendió a tejer a los 8 años, le enseñó su abuelita. Dedicó seis horas al tejido, que comparte junto a su hija en su acogedora casa. El resto de su tiempo está con sus animales. Pertenece a la Asociación de Artesanas Killa Wasi.





Victoria Véliz

Tejido con plumas, Ollagüe



El viento susurra suavemente entre las rendijas de las casas y entre las ramas de algún pimiento o algarrobo sembrado allí por algún iluso. Dan sombra, belleza y leña; nuestros ojos tristes repasan el paisaje uniforme mirando allí la diminuta humanidad de sus contornos, a lo lejos se asoman nubes de una rojez de greda quemada en la limpieza de los prolongados atardeceres. Ollagüe, algarabía de los tiempos ya difuntos.

Nos encontramos con una imponente construcción de piedras volcánicas realizada en el esfuerzo titánico de mantener tradiciones casi perdidas, es el taller de mujeres artesanas Killa Wasi. Allí nos recibe una mujer delgada de aspecto frágil, con profunda mirada, de gestos ansiosos y el rictus inmutable de su rostro interrumpido sólo por el habitual masticar de la coca, casi a hurtadillas y con premura se prepara para comenzar su tarea.

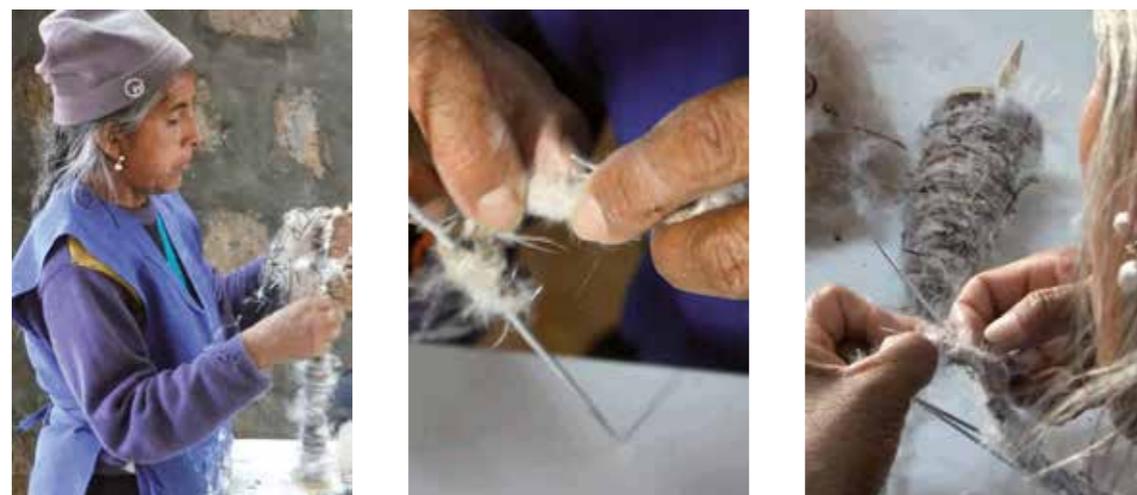
Las guallatas silvestres, perdices y ñandúes ponen huevos en los piños de las rocas, allí los nidos están cubiertos de un suave plumón. Con el esfuerzo de antaño Victoria acude a recoger la pelusa de plumas soltadas por las aves que *“antes abundaban y hoy son escasas”*. Es un trabajo minucioso y cansador, pues debe encontrar nidos desocupados. Una vez en el taller, con su equipaje de plumas y con dedicación comienza a separar la paja de la pluma. En su mano ágil rueda el huso hilando lana, también las plumas, va enrollando, pluma volando y al fin la madeja terminando.

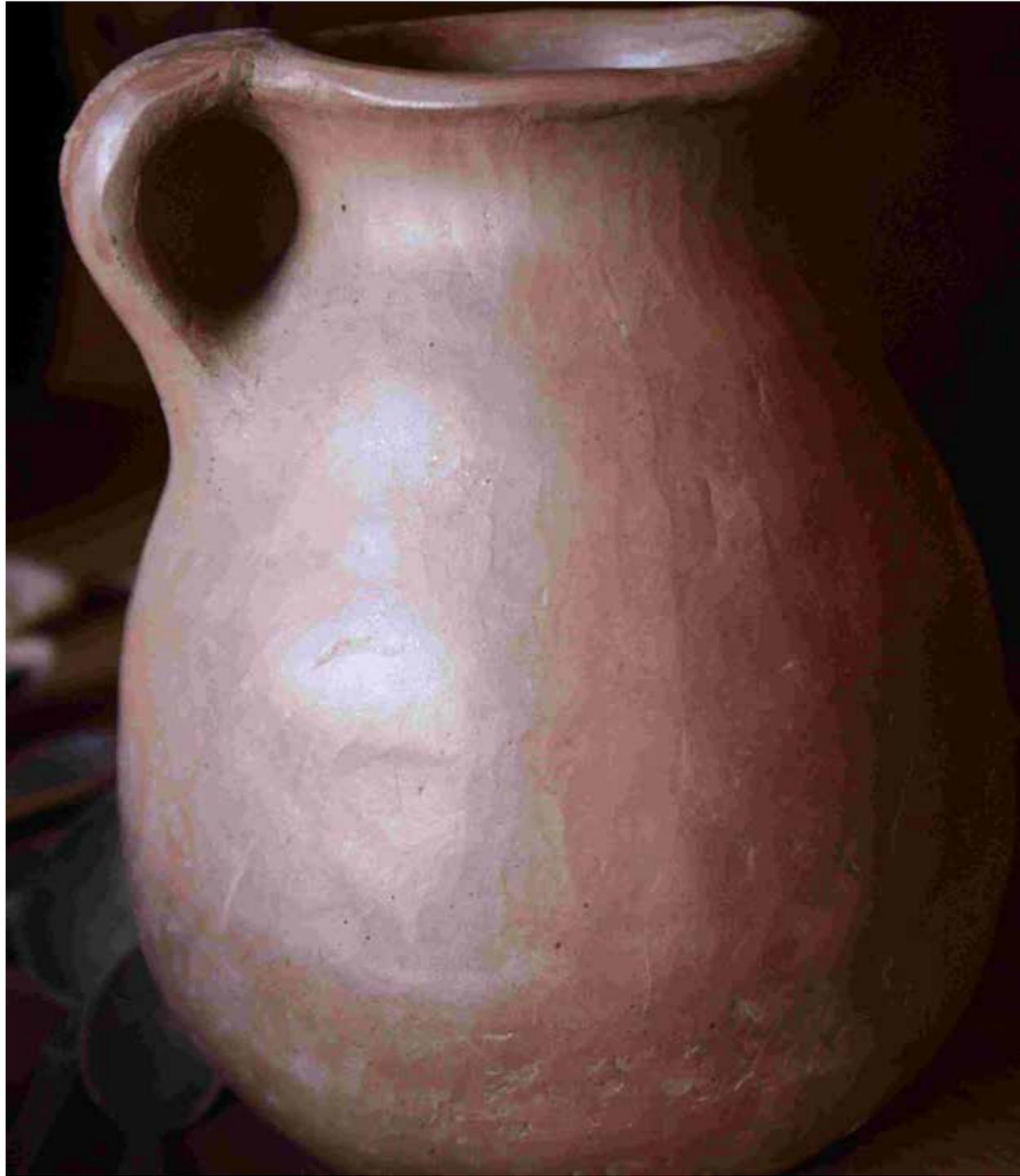
La madeja lista, de implemento aros de bicicleta hacen de rústicos palillos, pequeños y flacos. Veinte puntos pares, cinco en cada palillo, teje haciendo círculos a la medida de la mano, teje



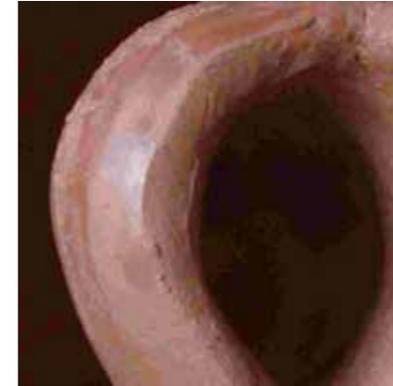
y teje seis vueltas hacia abajo separando los otros cuatro, los dedos se terminan disminuyendo de uno en uno hasta cerrar el aro; toma la última vuelta y el guante es rematado.

Cosas curiosas hemos encontrado en nuestras andanzas: pueblos que parecen deshabitados pero donde vive gente amable, gente sabia; paisajes de grandes contrastes, verdores en medio de la nada, peces en lagunas de salares, pero aquí, en este desconectado pueblo de Ollagüe, nos hemos sorprendido, acariciado y abrigado con lo más suave y tal vez lo más raro, -los guantes de pluma- tejidos por Victoria Véliz, tesoro humano vivo en el arte ancestral de tejido con lana y plumas.





*Pétreo brizna de historia abandonada
a tu suerte, a tu destino incierto.
Mudo testigo de vida, de calor, de arribo,
yaciendo sobre el suelo o soterrada.*



Grabiela Yere
Cerámica con oropel, Lasana



Grabiela Yere

Cerámica con oropel, Lasana

Nació el 28 de julio de 1951. De etnia Lickan Antai, originaria de Turi, llegó a Lasana cuando tenía 4 años. Tiene 3 hijos. Es artesana y mujer agricultora. Su madre le enseñó la técnica artesanal de la cerámica a mano con oropel. Trabaja sola en su casa y a veces, la acompaña su hija Carolina. Su deseo es rescatar la cerámica antigua de Lasana. Sus manos dan forma a hermosos y rústicos pocillos y vasijas de barro, materia prima que ella misma trae de Toconce y Río Grande porque en Lasana ya no lo encuentra. Vende su cerámica en el Museo de Lasana.





Grabiela Yere

Cerámica con oropel, Lasana



Un poblado pletórico de vegetación, de hortalizas, frutos y ganado, creciente a la ribera del Río Loa, que en su menudo y alegre caudal se nota su generosidad invisible en las aguas que van, se hace raíz, hoja y tronco. Cerros tatuados hace milenios contando la génesis de su historia perpetuada en los petroglifos de las rocas, antiguas bodegas en los cerros usadas por los atacameños para mantener los alimentos, son las *trojas*, una de las pocas tradiciones mantenidas hasta nuestros tiempos. Cielos límpidos y tierra verde es la localidad de Lasana, uno de los ayllu más florecientes del Alto Loa.

La tarde tejía sombras entre las ramas de los árboles y el viento susurraba secretos en las ventanas; ingresamos a la típica casa de puertas bajas, en un rincón estaba Grabiela, con una sonrisa dibujada en sus labios, ella es una típica atacameña, de gestos contenidos y movimientos pausados, que con el bajo y tranquilo tono de voz nos da la bienvenida. Los filamentos de luz resplandecían en su rostro cual retrato impresionista de Monet, y sus manos enrollaban grácilmente un pedazo de barro para comenzar su vasija, a su lado, Carolina la hija que comparte con ella el antiguo arte del barro y fuego.

Para la pasta, barro colorado por tres horas remojado, por una malla tamizado para sacar las piedras y costras que han quedado. El barro blanco, la “uya” es la arcilla con oropel o “llimpi”, por los antiguos así llamado, lo chanca cuando es costra y luego por un cedazo pasado, en una batea depositado para agregarle diluido el barro colorado, amasada firme y prolijamente la mezcla “aguadita” la deja descansar cuatro días bien tapado. Barro blanco y barro colorado bien proporcionados en un balde de veinte litros aproximado, después de quince días está maduro y listo para ser trabajado.

Agua, tierra y oropel, remojadas, coladas y reposadas, son los barros, la matriz de los cacharos, vasijas, y platos, de diversas formas y tamaños. Con serpentinas formas tejiendo el barro comienza su base, sumando una a una con agua pegando, con cucharas de tamaños varios la forma al cacharro va dando. La piedra ágata suavizará su forma y dará brillo en el ocaso. En estas cavidades se amotina la vida en volutas formas, ondas concéntricas de asombro, - ahí está Grabiela - trazando dibujos sobre planos vacios, coloreando ilusiones



permanentes, irisando la vida que le rodea en el trabajo de mañanas, tardes y noches entregando el alma y la paciencia. El horno de guano apisonado de cordero o llamo, es la “jela” nido placentero de los cacharos, amontonados sobre piedras, abrigados de la humedad y el viento. Las saltarinas flamas colorearán de cobre las ilusiones y tras diez horas asomarán vacilantes las estrellas de oropel, mientras los rastros de chorreantes combustiones vociferarán por sus incandescentes rudimentos la simbiosis perfecta entre barro y fuego.

Por el asombro, la tristeza y la esperanza nos ha llevado este largo viaje. A despojarnos de la ignorancia fue la enseñanza de hoy; confeccionar una cerámica no es para nada algo fácil ni menos bello. La transmutación de la materia es algo mágico y sólo algunos tienen el don, que no está en las manos, está en el alma, en la simpleza de la vida, en el arraigo de la tierra y sus raíces, está donde el corazón se hace barro, está en Grabiela; tesoro humano vivo en el arte de la cerámica con oropel.



*Piedras presas en sí mismas,
mudas ante el viento y el agua,
no incuban otro pensamiento,
quizás porque un día resignadamente
robaron al caos, el don de las formas.*



Héctor Román

Réplicas de utensilios changos, Taltal



Héctor Román

Réplicas de utensilios changos, Taltal

Oriundo de Los Andes, Región de Valparaíso, llegó a Taltal para desarrollarse en su profesión de químico laboratorista el año 2007. Su habilidad manual y su interés por nuestros antepasados lo motivó aprender, investigando en libros y museos, la técnica para la construcción de utensilios de los antiguos hombres de la costa del norte de Chile. Fabrica réplicas de puntas de flechas, arpones, cuchillos y herramientas con diversos materiales, principalmente vidrios, pues la piedra original se encuentra en las canteras que son patrimonio cultural protegido. Enseña su técnica a integrantes de la Agrupación de Artesanos Cazadores de la Niebla de Taltal. Comercializa su trabajo de réplicas sólo por encargo.





Héctor Román

Réplicas de utensilios changos, Taltal



A mitad del camino, el horizonte brilla de colores encendidos rompiendo la llanura amarilla e interminable. Una parada obligada es la Quebrada de Paposo con abundantes bancos de niebla llamada “*Camanchaca*” que con sus alas de agua fecundan los cerros y las hondonadas, haciendo bullir una fascinante fiesta de colores; flores amarillas, rojas, violetas, blancas y a su alrededor, el agudo zumbido de los insectos. El exquisito paisaje también alberga a guanacos, zorros y burros que además están plasmados en las pictografías de “El Médano” como testimonio irrefutable de su existencia. El vuelo blanco de las gaviotas, el gris de las garumas y el mar barnizado de sol y bullente de peces es la antesala a la ciudad de Taltal.

Es una ciudad de extensas y hermosas playas, ordenada y agradable. Aún está presente en la arquitectura de sus casas las planchas de hojalata que nos cuentan la historia de antiguas faenas mineras, así como en los afloramientos rocosos del litoral se encuentran incrustados pretéritos amonites desafiando el tiempo. En la meseta llamada Los Bronces, remotos conchales y talleres líticos evidencia de la vida de los cazadores recolectores de la niebla.

Nada en la costa del norte es tan diverso: la astronomía por sus privilegiados cielos; botánica, pesca, el contraste en sus paisajes y su prehistoria de abundante arqueología.

La ansias de aprender de esta cultura milenaria, llevó a Héctor, un hombre joven, de gestos apacibles y de mucha disposición; a recrear la técnica utilizada por los ancestros en la confección de sus artes de pesca, herramientas y puntas de flechas. La materia originaria es escasa y protegida y el vidrio reciclado de las botellas, es ahora el ave fénix de las réplicas.

Delantal de cuero, gafas, guantes son los infaltables elementos al comenzar su trabajo. Toma la base de una vieja botella, el color y el grosor no importan; golpeando y desgastando al lado y de costado evocando en cada golpe la memoria del chango del pasado. Todo sobre un



mantel de plástico para recoger los filosos restos que han quedado, el desgaste lo realiza con un palo con tapa de bronce, es el percutor blando, en reemplazo del hueso de lobo; su percutor duro, una piedra y para el retoque fino un punzón de cobre que a la punta de flecha la forma van dando. Una vez terminada la flecha a una vara de palo es amarrada.

Las piedras pizarras en una lija gruesa se van desgastando, son los vástagos que unidas a un hueso forman las barbas, y amarradas a una tripa de lobo forman los anzuelos compuestos, las piedras más pequeñas, son las plomadas para anzuelos que de espinas de cactus son fabricados.

El pasado poco a poco se va olvidando, el tiempo pisa y aniquila la historia y su gente. Pero en este lugar de multitud de placeres, donde el aroma insinuante evoca aquellos que fueron, el aire suntuoso nos trae hacia aquel que está transmitiendo la memoria de su pueblo, quien nos habla como si no hubiese mañana y trabaja para recuperar el ayer. Héctor Román, tesoro humano vivo en la fabricación de réplicas de utensilios líticos de la cultura changa.



*Y encontrarán semillas
Rebrotadas en el surco
Gritando crecerán las hojas
En la truncada rama
¡crece, viva crece!*



Rita Plaza

Tejido con espinas de cactus, Socaire



Carolina Ferrel

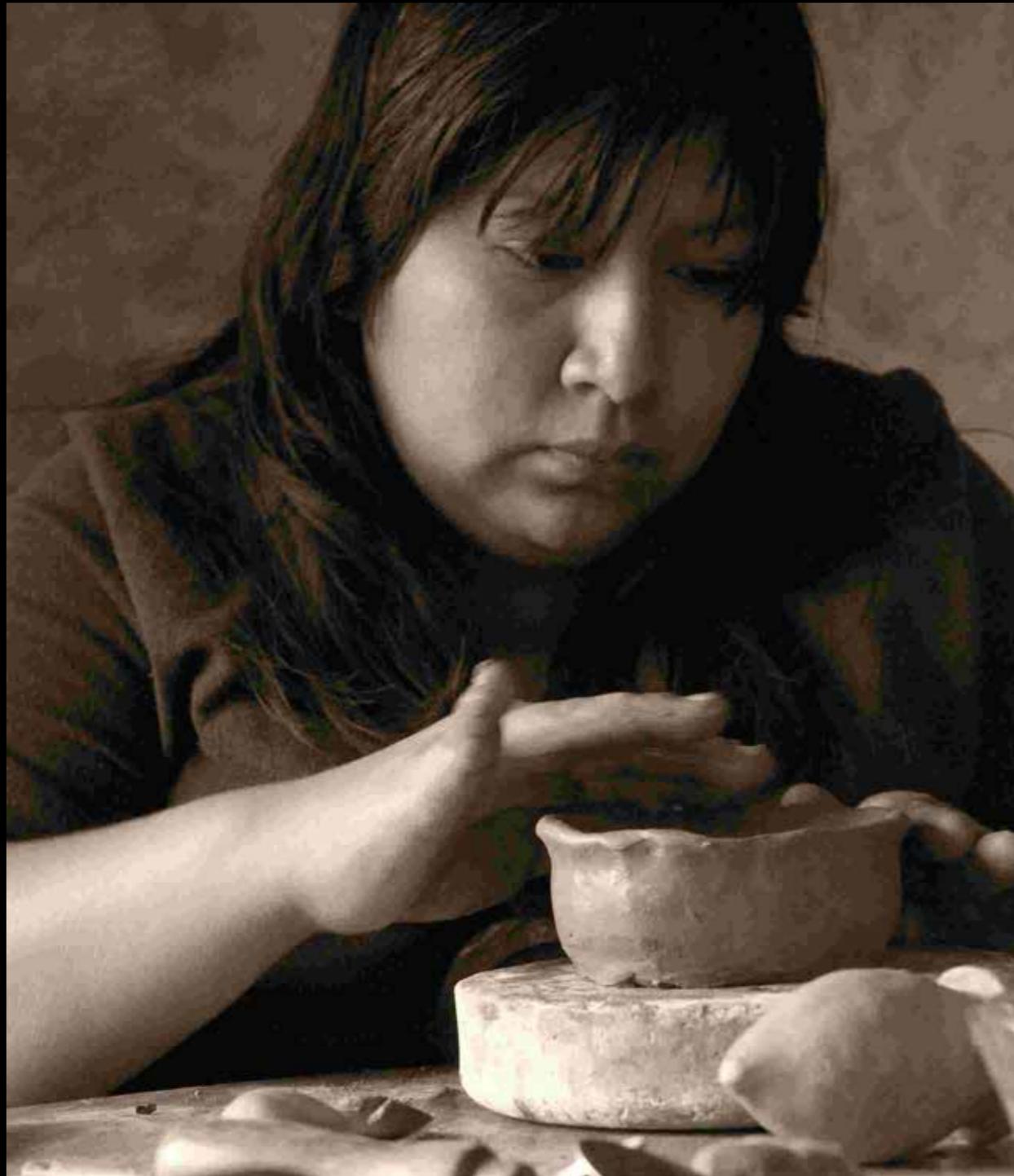
Cerámica con oropel, Lasana



En éste privilegiado paisaje nortino hubo senderos sutiles grabados en la mente más que en el suelo y cada montaña, hondonada y roca formó parte de este largo itinerario en busca de técnicas artesanales olvidadas en las grietas de los días, pero la tradición permanece en la memoria de los de ayer, y cuando pensamos que ya no quedan restos de ella, cuando pareció haber dado su entierro final en la implacable lucha por sobrevivir, reaparece de nuevo para ser atrapada por las nuevas generaciones penetrando en los poros hondos y distantes, aflorando a través de sus manos, comenzando el largo camino para salvar la esencia de nuestro pueblo hace siglos abandonado a sus dioses.

En este descubrir y redescubrir los saberes de nuestra cultura escondidos bajo una capa de chusca del tiempo, encontramos a Rita y a Carolina, mujeres jóvenes, con la pasividad de su herencia y revestidas con la gracilidad de nuestros días, dispuestas y sonrientes, compartiendo y aprendiendo el legado de sus madres o amigas las técnicas ancestrales, en tejido con espinas de cactus y cerámica con oropel, ayer como hoy, cogidas por la magia del entrañable conocimiento de nuestra cultura ancestral.





Para la mayor parte de nosotros es difícil comprender la vastedad de este desierto, podemos conocer los nombres de nuestras localidades, más no su gente, sus costumbres y tradiciones. Sabemos que durante mucho tiempo los habitantes del norte se desarrollaron totalmente aparte del mundo circundante, donde la pobreza del medio no fue obstáculo para arraigar. Hace miles de años llegaron los foráneos en sucesivas oleadas, instauraron una sociedad intentando mellar estas tradiciones, los nuevos habitantes trajeron consigo nuevas costumbres en contraste con los ya existentes, sus descendientes actuales, como Carolina y Rita, conscientes más que nunca de la necesidad de proteger todo lo que queda de la cultura indígena las mantienen como parte valiosa de su patrimonio y como herencia a toda la humanidad.





Glosario



Alcañoca:

Planta herbácea carnosa, tiene propiedades medicinales, alimenticias y tintóreas.

Ayllo:

Ancestral distribución comunitaria y familiar, en parcialidades de tierras agrícolas y de canales de regadío.

Camanchaca

Neblina costera producida por efecto del Anticiclón del Pacífico.

Cantur

Hombre que tiene la sabiduría de su Pueblo.

Challa:

Ceremonia andina de reciprocidad con la Pachamama, que consiste en rociar la tierra u otro bien con alcohol y elementos simbólicos.

Changos:

Grupos aborígenes pescadores-recolectores del litoral norte de Chile.

Chimitum

Varillas verdes de chañar.

Chusca

Arena muy fina del Desierto de Atacama.

Ckunza:

Es el nombre con que E.Vaisse en el siglo XIX, bautizó a la lengua que aún hablaban los habitantes de la región del Salar de Atacama. Ckunza significa nosotros, según éste autor.

Glosario



Guallata:
Ganso andino.

Illawira:
Palito delgado que en el telar sirve de liso y se amarra cada 2 urdimbres.

Jela
Horno confeccionado con guano de cordero y/o llama

Llimpi
Oropel: cristales de muscovita que posee la arcilla blanca

Taraqulla
Vara de madera sujeta al timón cuyo golpeteo hace caer el trigo al molino

Tola:
Palabra que denomina a varias especies de plantas resinosas usadas como combustible.

Trojas
Pequeños socavones contruidos en las laderas de los cerros, tienen puertas de maderas y son utilizados para almacenar alimentos.

Uya
Barro blanco preparado para la alfarería que contiene bastante llimpi u oropel

Wichuña:
Hueso de llama utilizado para compactar cada pasada de la trama de un tejido en el telar.

Winasa:
Instrumento de madera, desgastada en un borde, empleado para apretar el tejido

Financia



Patrocina



Ejecuta

